

En esto pensad

Filipenses 4:8

Lecturas de edificación cristiana

Contenido

Los sufrimientos del Señor Jesús	73
"Haréis, pues, saber a mi padre toda mi gloria"	81
La humanidad de Cristo en la gloria	87
Carta de J.N.D.	88
Meditación sobre el Cantar de los Cantares	90
El tiempo del Despertar	94
Pensamientos	108

Año V. N° 3

Mayo - Junio 2000

EN ESTO PENSAD

LECTURAS DE EDIFICACION CRISTIANA

Es una publicación de distribución gratuita que se sostiene con las oraciones y la contribución de los hermanos que deseen colaborar.

Para toda comunicación referente a la publicación, sírvase dirigirse a:

Roberto Jorge Arakelian
Cap. Cairo 546
(1842) Monte Grande
Buenos Aires
Argentina

©2000 Todos los derechos reservados. Editor: Jorge Arakelian.

Los artículos editados en otros idiomas se han traducido con el permiso de sus editores. Derechos de traducción reservados. Permiso de reproducción únicamente de forma completa y sin cambios. Queda prohibido utilizar este material con fines comerciales y/o cobrarlos

NOTAS ACLARATORIAS

Las citas bíblicas utilizadas en esta publicación son tomadas de la versión Reina-Valera Revisada en 1960. Sin embargo, hay ocasiones en que la claridad del texto requiere el empleo de diferentes versiones, tales como la Versión Moderna u otras. Excepcionalmente, puede ser necesaria la traducción directa de la versión usada por el autor de un determinado artículo. En cada caso se indicará la versión empleada.

Abreviaturas:

BAS	=	Biblia de las Américas
RV 1909	=	Reina-Valera Revisión 1909
RVR 77	=	Reina-Valera Revisión 1977
RVA	=	Reina-Valera Actualizada 1989
VM	=	Versión Moderna (H.B.Pratt, revisión 1929)
N.T.I. <i>Gr./Esp.</i>	=	Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español (F. Lacueva)
VHA	=	Versión Hispanoamericana (Nuevo Testamento)

(*M. E.*) = *Messenger Évangélique*

Las citas bíblicas textuales se encuentran entre comillas: “ ” y las citas no bíblicas entre comillas: « »

LOS SUFRIMIENTOS DEL SEÑOR JESÚS

(Extracto de meditaciones de M. Tapernoux)

(Viene de la página 58)

«...Nuestra iniquidad

Te hizo sufrir las penas más crueles»

Sufrimientos motivados por el pueblo

Leamos el versículo 11 del capítulo 1 del evangelio de Juan: “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron.” Fijemos nuestra atención en lo que el Señor sufrió de parte de su pueblo y, en particular, de parte de los principales de su pueblo. Este versículo lo expresa de manera concisa y contundente: “A lo suyo vino”. El Señor estaba en lo suyo, en medio de su pueblo; era su Mesías y había venido para establecer su reino proporcionándole la bendición, pero “los suyos no le recibieron”. ¡Ellos lo rechazaron, lo despreciaron y le dieron muerte, clavándolo en una cruz! ¡Qué sufrimiento moral fue para Cristo el hecho de ser rechazado por su pueblo!

Tal vez no podamos descubrir muchas expresiones de dicho sufrimiento en los evangelios, pero sí las hallamos más de una vez en los Salmos. Primeramente en el Salmo 22:6: “Mas yo soy gusano, y no hombre; oprobio de los hombres, y **despreciado del pueblo.**” Y en el Salmo 109:4-5: “En pago de mi amor me han sido adversarios... Me devuelven mal por bien, y odio por amor.” Esto es lo que el Señor Jesús recibió de parte de los suyos, y muy particularmente de parte de los principales del pueblo. Muchos otros pasajes nos lo confirman: Isaías 49 habla del “menospreciado de alma”, del “abominado de las naciones”, del “siervo de los tiranos” (v. 7). He aquí los conmovedores términos en que el Espíritu profético habló del desprecio que recibiría el Señor de parte de su pueblo. Algunos detalles nos hacen comprender de manera un poco más profunda lo

que Cristo sufrió de parte de esos jefes religiosos del pueblo. En primer lugar, en Mateo 12, leemos que cuando Jesús manifestaba su poder librando a los hombres del poder de Satanás, los fariseos decían de Él: “Éste no echa fuera los demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios” (v. 24). ¡Qué ingratitud de parte del pueblo, y qué sufrimiento para el Señor! ¡Qué insolente atrevimiento manifestaron al atribuirle a Él, al Hijo de Dios que obraba con gracia en el poder del Espíritu Santo, alguna relación con Satanás, suponiendo que éste era quien le daba el poder! Esto es lo que el Señor llama el pecado contra el Espíritu Santo, que no será perdonado ni en este siglo ni en el venidero (v.32). ¡Lo consideraban un instrumento de Satanás!

El evangelio de Juan contiene muchos pasajes en los cuales se ve a estos jefes indignos acusando al Señor Jesús de estar poseído por un demonio. En el capítulo 8 leemos: “Respondieron entonces los judíos, y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros, que tú eres samaritano, y que tienes demonio?” (v. 48). Lo llaman samaritano, lo que en sus bocas representaba una injuria, ¡y lo acusan de tener demonio! Y en el capítulo 10, cuando el Señor Jesús declara: “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar” (v. 17), leemos que “muchos de ellos decían: Demonio tiene, y está fuera de sí; ¿por qué le oís?” (v. 20). Ésta fue la respuesta que dieron a las palabras tan conmovedoras del Señor.

Sufrimientos motivados por los discípulos

Pero, aparte de aquellos que intencionalmente hicieron sufrir al Señor, ¿no había un pequeño grupo de discípulos que a menudo lo había hecho entristecer? Si en Hebreos 12 leemos: “Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo”, también sabemos que Él sufrió, aunque en otra medida, la contradicción de sus propios discípulos. Los doce, a favor de los cuales el Señor había desplegado toda su gracia, y a quienes había ense-

ñado con tanta paciencia, también manifestaron muy a menudo su total incomprensión, su falta de fe, de memoria y de amor. Podemos comprobarlo particularmente a través de la lectura de Marcos 8, donde el Señor, mediante una sucesión de preguntas, debió poner en evidencia la culpable ignorancia que los invadía. Nosotros, que con frecuencia nos parecemos mucho a ellos, no podemos arrojarles la primera piedra, pero es importante considerar el sufrimiento que el Señor soportó a causa del comportamiento de los discípulos. Él acababa de advertirles que se guardaran de la levadura de los fariseos, y ellos pensaron que les decía esto porque habían olvidado de traer pan. Entonces les hizo una serie de preguntas: “¿Qué discutís, porque no tenéis pan? ¿No entendéis ni comprendéis? ¿Aún tenéis endurecido vuestro corazón? ¿Teniendo ojos no veis?... ¿Y no recordáis?”

Frente a tal ignorancia e incredulidad, ¡cuánta pena expresa cada una de las preguntas que el Señor les formuló! Recordemos también la escena en que Jesús estaba en la barca con sus discípulos y se levantó una gran tempestad. En medio del mar embravecido, lo despertaron, diciendo: “Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?” El Señor calmó la tempestad y les preguntó: “¿Dónde está vuestra fe?” o “¿cómo no tenéis fe?” ¡No tenían fe! Incluso después de la resurrección del Señor, cuando se acercó y comenzó a caminar con los dos discípulos que iban a Emaús, ¿qué dicen éstos?: “Nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel...” Ellos no lo dijeron explícitamente, pero, de hecho, insinuaron que habían sido engañados por el Señor. Entonces, ¿qué les respondió Él? “¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!” ¡Qué reproche! Pero también, ¡qué tristeza experimentó el Señor al comprobar la falta de inteligencia, la incredulidad, el deseo de ser el mayor, el sectarismo y, luego, el espíritu vengativo de los discípulos! Estoy pensando en el pasaje de Lucas 9:51-56, donde leemos que el Señor “envió mensajeros delante de él, los cuales fueron y entraron en una aldea de

los samaritanos para hacerle preparativos”. No se los quiso recibir; entonces Jacobo y Juan, dos discípulos particularmente allegados al Señor, le preguntaron: “¿Quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma?” El Maestro debe reprenderlos enérgicamente, censurarlos duramente, pero, frente a ese espíritu vengativo, ¡qué pena para Su corazón lleno de amor y de compasión! Sí, el Señor sufrió **también** las penas que le ocasionaron sus discípulos.

Sufrimientos a causa del pecado en el hombre

Consideremos ahora lo que Cristo sufrió a causa del pecado que veía alrededor de él, lo cual fue una fuente de dolor y de profunda y permanente fatiga a lo largo de toda su carrera. Nosotros no lo podremos comprender en toda su medida, pero nunca olvidemos que Aquel de quien hablamos, el Señor Jesús, es Dios manifestado en carne, el Dios santo. Él podía tocar a los leprosos, así como un féretro, sin que ello lo contaminase. El pecado no lo manchaba, pero **ver** el pecado y sus **consecuencias** le ocasionaba un constante dolor.

Leamos en primer lugar los versículos 12 y 13 del capítulo 21 del evangelio de Mateo: “Y entró Jesús en el templo de Dios, y echó fuera a todos los que vendían y compraban en el templo, y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas; y les dijo: Escrito está: Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.” ¡Qué sufrimiento le ocasionó al Señor ver lo que Israel, su pueblo —un pueblo enseñado como lo fue—, había hecho del templo de Dios! Dios podía decir: “Los enseñaba desde temprano y sin cesar” (Jeremías 32:33), pero ellos no escucharon y habían transformado esa casa de oración en una cueva de ladrones. El pecado que se manifestaba en tal lugar era un motivo de gran sufrimiento para nuestro Señor. En el capítulo siguiente (22:15), los fariseos le

tienden una trampa, encubierta por una pregunta respecto al tributo que se debía pagar a César. Pero Jesús, conociendo la malicia de ellos, respondió: “¿Por qué me tentáis, hipócritas?” Esta manifestación del pecado de los jefes del pueblo, expresado mediante la astucia y la hipocresía, era un motivo de profundo sufrimiento para el Señor. ¿No lo oímos denunciar de la misma manera el pecado de ellos en Lucas 11, cuando les dice que están “llenos de rapacidad y de maldad”? Jesús, que era perfectamente santo, denuncia la corrupción; Él, que era perfectamente veraz, que es “la verdad”, denunciaba la hipocresía. El Señor sufrió a causa de todas estas manifestaciones del corazón del hombre. Pensemos aún en la escena descrita en el capítulo 3 del evangelio de Marcos, cuando el Señor entró en la sinagoga un día sábado. Allí se encontraba un hombre que tenía una mano seca, y los jefes religiosos acechaban a Jesús para ver si operaría un milagro en el día de reposo, a fin de poder acusarlo. El Maestro, que sondea los corazones y ve lo que pasa en ellos, les hace una pregunta: “¿Es lícito en los días de reposo hacer bien, o hacer mal; salvar la vida, o quitarla?” Ellos, imbuidos de un frío, estereotipado y agresivo tradicionalismo, callaban, no daban respuesta. Entonces el Señor los miró con enojo, pero entristecido por la dureza de sus corazones.

Podríamos multiplicar las citas de las escenas en las que el Señor percibió profundamente el pecado en el hombre; y lo que para Él significaba algo muy penoso y doloroso de soportar era el hecho de que el pecado se manifestara en los guías religiosos, quienes tenían la responsabilidad de servir de ejemplo al pueblo.

Sufrimientos por simpatía

Otro aspecto de los sufrimientos que debemos considerar es el de aquellos que el Señor soportó por simpatía. Leamos el versículo 36 del capítulo 9 del evangelio de Mateo: “Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y disper-

sas como ovejas que no tienen pastor.” ¡Qué simpatía manifestaba el Señor Jesús frente al sufrimiento humano! Él no se contentaba meramente con verificarlo, sino que sentía al respecto gran compasión, la cual hallaba su fuente en Sí mismo. He aquí a Dios manifestado en carne, experimentando el sufrimiento de sus criaturas. Veámoslo en Lucas 19:41-42, cuando se acercaba a Jerusalén: “Y cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella, diciendo: ¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz!” Jerusalén, la ciudad del gran Rey, en la cual él había anunciado la buena nueva, no conoció el tiempo de Su visitación. Dios estaba allí, en medio de ella, en la persona de Cristo, ¡y ella lo rechazó! Entonces Jesús lloró sobre esta ciudad tan culpable, y le anunció los terribles eventos que se cumplirían cuarenta años después de su rechazo. El Señor veía esto anticipadamente y sabía que si esta ciudad se hubiese arrepentido hubiera sido guardada de ese juicio.

En otra ocasión, su perfecta simpatía se expresó también a través del derramamiento de sus lágrimas (Juan 11:33-35): “Jesús entonces, al verla llorando, y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió, y dijo: ¿Dónde le pusisteis? Le dijeron: Señor, ven y ve. Jesús lloró.” Jesús fue al sepulcro, y al comprobar las consecuencias del pecado en el hombre, la ruina en la cual la criatura se hundió a causa de la desobediencia, no pudo permanecer indiferente y lloró. El versículo 35 es el más corto de la Biblia; sólo contiene dos palabras: “Jesús lloró.” ¡Qué simpatía!, pero, ¡qué expresión de sufrimiento! De este modo, en su amor perfecto, el Señor Jesús participaba de las penas que son la parte de los seres humanos en medio de esta escena de duelo.

Sufrimientos por anticipación

Abordamos ahora un último punto, relacionado con los sufri-

mientos que Jesús halló durante su ministerio. Tales sufrimientos están vinculados con lo que Él llama “mi hora”. Jesús habló de esto desde el comienzo de su ministerio cuando, en Juan capítulo 2, lo vemos haciendo un milagro o señal en las bodas de Caná. Tenía delante de Él “la hora” para la cual había venido: la hora de la cruz, la cual era la hora de la ignominia y, sobre todo, la hora en que sería abandonado por Dios. La perspectiva de esta hora lo acompañó durante toda su carrera; y cuanto más se acercaba, tanto más aumentaba el sufrimiento del Señor. Así lo contemplamos en Juan capítulo 12, en el versículo que hemos citado anteriormente: “Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora.” En el evangelio de Marcos, Jesús expresa a sus discípulos lo que esta hora significaba para él. “Y comenzó a enseñarles que le era necesario al Hijo del Hombre padecer mucho, y ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y ser muerto, y resucitar después de tres días. Esto les decía claramente. Entonces Pedro le tomó aparte y comenzó a reconvenirle” (8:31-32). “Porque enseñaba a sus discípulos, y les decía: El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán; pero después de muerto, resucitará al tercer día. Pero ellos no entendían esta palabra, y tenían miedo de preguntarle” (9:31-32). El versículo 34 manifiesta en qué estaban ocupados los discípulos a quienes Jesús acababa de hablar acerca de los sufrimientos que le esperaban. Ellos disputaban entre sí para saber “quién había de ser el mayor”.

Finalmente, en el capítulo 10, versículos 32 a 34, leemos: “...Entonces volviendo a tomar a los doce aparte, les comenzó a decir las cosas que le habían de acontecer: He aquí subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles; y le escarnecerán, le azotarán, y escupirán en él, y le matarán; mas al tercer día resucitará.” Estos tres pasajes expresan lo que abarca aquello que Jesús llama “mi hora”. Lo que los hombres

iban a hacerle y también lo que Dios haría al herirlo, todo esto pasaba delante de Jesús y él sintió anticipadamente una profunda tristeza. Cuando el Señor habló por primera vez a sus discípulos acerca de estos acontecimientos, vemos que “Pedro le tomó aparte y comenzó a reconvenirle”, lo que nos indica que sufrió una incomprensión total de parte de ellos. Cuando lo vemos hablándoles de esto por segunda vez, leemos que los discípulos “no entendían esta palabra”. Y cuando lo hizo por tercera vez, en el versículo 32 del capítulo 10 leemos que “ellos se asombraron, y le seguían con miedo”. En relación con esta hora que le esperaba, y en cuanto al sufrimiento que sentía anticipadamente, Él no halló ninguna comprensión, ninguna compasión de parte de los suyos.

En estos diversos pasajes que expresan los sufrimientos soporados por Cristo durante su camino en este mundo, ¿no hallamos el magnífico antitipo de la oblación (ofrenda vegetal) consistente en flor de harina, sobre la cual se echaba aceite y se ponía el incienso? Este incienso, que hallamos mencionado en Levítico 2, debía ser enteramente quemado sobre el altar del sacrificio, debía ser derramado sobre el fuego ardiente para que subiera en olor grato a Jehová. Nos habla del sufrimiento del Señor no en expiación por el pecado, sino del sufrimiento que halló en su camino y en el cual Dios percibió un perfume excelente. Estos sufrimientos que Jesús experimentó durante su ministerio formaban parte de la porción que le pertenecía exclusivamente a Dios. Pero el capítulo 6 del Levítico menciona algo que nos concierne a nosotros: una parte de la ofrenda vegetal estaba reservada a los sacerdotes. Amados hermanos, una parte de esos sufrimientos que Cristo halló en la tierra está reservada para nosotros. Tenemos comunión con esos sufrimientos; y éste era el deseo del apóstol, quien se expresó así: “A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, **y la participación** (o **comunión**) de sus padecimientos” (Filipenses 3:10). ¡Que el Señor nos permita penetrar más profundamente en lo que Él sintió durante su camino como “varón de dolores”!

El capítulo 2 del Levítico nos enseña que la ofrenda vegetal podía ser “cocida en horno” (v: 4). Esto habla de los sufrimientos de Cristo que permanecen ocultos a nuestra vista y que las Escrituras no describen en su totalidad. La ofrenda vegetal también podía ser cocida en sartén, lo que nos habla de los sufrimientos públicos y visibles de Cristo, que podemos discernir a través de las Escrituras. Además la ofrenda vegetal podía ser cocida en cazuela, lo cual representa los sufrimientos intensos, tales como los de la crucifixión.

En nuestra condición de sacerdotes, también nosotros comemos la parte que nos corresponde de esta ofrenda vegetal. Por eso, mediante el poder del Espíritu Santo y la meditación de la Palabra, compenetrémonos más y más de los sufrimientos que nuestro amado Señor y Salvador halló en su camino. ¡Sí, que nos sea concedida la gracia de comprender más y mejor el valor de estos sufrimientos, a fin de que apreciemos de manera creciente la inmensidad del amor con que el Señor nos amó! Nunca olvidemos que Él entró en tal camino voluntariamente, declarando: “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad” (Hebreos 10:7 y 9).

(Continuará)

“HARÉIS, PUES, SABER A MI PADRE TODA MI GLORIA”

(Génesis 45:13)

Desde el principio de su historia, aborrecido por sus hermanos porque era el amado de su padre, vemos a José como un tipo de Cristo, uno de los más hermosos que hallamos en los escritos del Antiguo Testamento. Así como Cristo, en el tiempo conveniente,

se presentó para ser enviado a este mundo, declarando a su Padre: “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad” (Hebreos 10:9), también José estuvo dispuesto a ir al encuentro de sus hermanos: “Heme aquí” (Génesis 37:13). Despreciado y rechazado por ellos, así como, mucho tiempo después, Cristo había de serlo por los suyos, José fue vendido a los ismaelitas por veinte piezas de plata (ibíd. v. 28), tal como el Señor fue vendido por treinta piezas de plata, “hermoso precio” —irónica expresión— con que lo apreció su pueblo (Mateo 26:15; 27:3-10; Zacarías 11:12-13). Los hermanos de José —como los hombres respecto a Cristo— pensaban que de este modo habían terminado con él; y no habiendo oído hablar de él durante veinte años, sin duda consideraban que había muerto (véase Génesis 44:20). Pero las circunstancias fueron dirigidas por Dios de tal manera que los hermanos de José iban a ser colocados frente a aquel a quien creían desaparecido para siempre. En figura vemos, pues, a Cristo, primero muerto y luego resucitado. Sin embargo, para que José pudiese darse a conocer a sus hermanos, era necesario que previamente se realizara en ellos un trabajo de conciencia, a fin de que fuesen conducidos a confesar sinceramente su pecado. Los hechos que se relatan en los capítulos 42 a 44 del Génesis nos demuestran con qué sabiduría obró José para que ese trabajo fuese realizado hasta su conclusión. El resultado fue notorio: sus hermanos, conducidos así a la luz de Dios, dijeron: “¿Qué hablaremos, o con qué nos justificaremos? **Dios** ha hallado la maldad de tus siervos” (44:16). Entonces José pudo darse a conocer a ellos. Es lo que vemos en la conmovedora escena descrita en el capítulo 45. “Y dijo José a sus hermanos: Yo soy José” (v. 3). Estos versículos nos hacen pensar en el día en que el remanente restaurado levantará sus ojos hacia Aquel que anunció proféticamente su regreso: “Y mirarán a mí, a quien traspasaron” (Zacarías 12:10). Pero en la actualidad, sin duda, podemos aplicarlos a nosotros en aquello que nos concierne: reunidos alrededor del Señor, ¿no lo oímos decir: «acercaos a mí... yo soy Je-

sús»? Tal como José invitó a sus hermanos: “Acercaos ahora a mí” (v. 4), así también nosotros somos exhortados a acercarnos al Señor. Luego, cuando los hermanos respondieron a su invitación, José les repitió las mismas palabras: “Yo soy José”, pero entonces añadió: “vuestro hermano” (v. 4). ¡Cuán preciosa es la reunión de los redimidos alrededor de Aquel que “no se avergüenza de llamarlos hermanos” (Hebreos 2:11)! Sin embargo, en la figura que estamos considerando, la frase: “El que vendisteis para Egipto”, nos trae a la memoria la muerte de Cristo y nuestra culpabilidad. Pero inmediatamente la gracia se expresa, pues ella puede ser manifestada a aquellos que han confesado su pecado: “Ahora, pues, no os entristezcáis, ni os pese de haberme vendido acá; porque para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros” (v. 5). Si se señala nuestra responsabilidad, también se menciona lo que proviene de parte de Dios; de modo que si leemos: “A éste (a Jesús)... prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole”, también se nos dice que fue “entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios” (Hechos 2:23). Para que el consejo de Dios fuese cumplido era necesaria la muerte de Cristo, era necesario que José fuese “vendido para Egipto”, para que los suyos tuviesen “preservación de vida”. ¡Qué “gran liberación” (Génesis 45:7) fue operada por medio de José en favor de sus hermanos! ¡Cuán grande es la liberación en virtud de la cual nosotros tenemos la vida eterna, y que es fruto de la obra expiatoria de Cristo!

José, pues, fue el instrumento de esta “gran liberación”, necesaria “para preservación de vida” de los suyos. Por otro lado José obró de una manera que permitió que en sus hermanos se operase un trabajo de corazón y de conciencia que los condujera a confesar su pecado, a fin de que ellos pudiesen entablar con él una relación en plena libertad. ¡Qué figura tan ilustrativa del doble trabajo realizado por Cristo! Vemos primero lo que hizo a favor de nosotros en la cruz y luego lo que obró en nosotros, para que, habiendo nacido de nuevo, po-

damos gozar de los resultados de su obra expiatoria y de una feliz comunión con Él. De ahí en adelante, constituidos como familia de adoradores, fuimos hechos capaces de adorar “al Padre en espíritu y en verdad” (Juan 4:23-24). ¿Qué podríamos presentarle, en el poder del Espíritu Santo, sino la gloriosa Persona de su Hijo, su Amado? Y el Hijo mismo, quien entona la alabanza en medio de la congregación para conducirnos en la adoración que debemos ofrecer al Padre, nos dice cómo alabarlo de la manera que le agrada: “Haréis, pues, saber a mi padre toda mi gloria.” ¡Toda su gloria! La gloria que tenía con el Padre “antes que el mundo fuese” (Juan 17:5), su gloria como Creador de todas las cosas, como “primogénito de toda creación” (Colosenses 1:15-17), su gloria como Aquel “que sustenta todas las cosas con la palabra de su poder” (Hebreos 1:3), su gloria manifestada en el hecho de anonadarse despojándose a sí mismo, y luego en su humillación voluntaria (Filipenses 2:6-8), su gloria en el humilde pesebre de Belén (Lucas 2:12-14), su gloria como Hombre perfecto, cumpliendo completamente la voluntad del Padre, quien pudo abrir su cielo sobre Él y decir: “Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd” (Mateo 17:5), la gloria del Hombre Cristo Jesús quien, al finalizar su camino en este mundo, pudo decir a su Padre: “Yo te he glorificado en la tierra” (Juan 17:4), la gloria que brilló en la cruz, en medio de las tinieblas y de la ignominia: “Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él” (Juan 13:31), la gloria que lo corona —habiendo acabado la obra— a la diestra de la Majestad en las alturas (Juan 13:32; Hebreos 2:9 y 1:3; 1.ª Pedro 1:21), la gloria que desea que compartamos con Él (Juan 17:22), sus glorias futuras como Rey de Israel y como Hijo del Hombre en el dominio universal que ejercerá según el Salmo 8, la gloria eterna del Hijo de Dios a quien contemplaremos eternamente (Juan 17:24). ¡Toda su gloria!

Cuando nos llegamos a la presencia de Dios, reunidos alrededor

del Señor para adorar, no nos limitemos a expresar solamente nuestra gratitud por la gran liberación de la que hemos sido objeto y por las bendiciones con las cuales ahora estamos enriquecidos. En el altar de bronce, tipo de la cruz de Cristo, debía ofrecerse el holocausto entero, la grosura del sacrificio de la ofrenda de paz y también la grosura del sacrificio por el pecado (Levítico 1:9; 3:3-5; 4:8-10); el altar de oro era apropiado “para quemar el incienso” (Éxodo 30:1). ¡Qué perfume percibía Dios cuando, mediante la acción del fuego, el incienso ardiendo —imagen de la intercesión de Cristo y de sus insondables perfecciones— exhalaba su buen olor! Los actos de presentar la ofrenda vegetal “con todo el incienso” (Levítico 2:2), de exaltar el sacrificio efectuado en la cruz, perfecto holocausto y perfecto sacrificio por el pecado, de celebrar las infinitas glorias de Cristo haciendo “quemar el incienso” sobre el altar, describen el culto que estamos llamados a rendir.

El fuego que servía para quemar el incienso se tomaba del altar de bronce y había sido encendido desde el cielo: “Salió fuego de delante de Jehová” (Levítico 9:24). Cuando la víctima había sido consumida en el altar de bronce —figura de Cristo ofrecido y habiéndose ofrecido él mismo como sacrificio perfecto—, el incienso podía subir a Dios. Para quemar el incienso en el altar de oro es preciso que recordemos lo que pasó en el altar de bronce; de manera que en el culto sería normal comenzar por el altar de bronce y luego pasar al altar de oro. Sin embargo, es conveniente que dejemos toda la libertad al Espíritu Santo para que él oriente la alabanza de la asamblea.

Respecto al altar de oro, está escrito: “No ofreceréis sobre él incienso extraño, ni holocausto, ni ofrenda” (Éxodo 30:9). El incienso, buen olor de Cristo para Dios, nos habla de la persona de Cristo **en sí misma**, mientras que los diversos sacrificios resaltan lo que la Persona **hizo**. Esto último fue cumplido fuera del lugar santo, lo que nos permite comprender por qué no se ofrecían sacrificios en el altar de oro, ni holocaustos, ni ofrendas vegetales. Sólo

nos resta decir que estas cosas están estrechamente ligadas: la vida perfecta es la de Cristo; el sacrificio perfecto es el de Cristo y la excelencia de su Persona nos habla de la perfección de su vida y de su sacrificio en la cruz. ¡Se necesitaba tal Persona para vivir tal vida y ofrecer tal sacrificio!

El incienso compuesto, “un perfume según el arte del perfumador, bien mezclado (o: sazonado con sal), puro y santo” era “cosa sagrada para Jehová” (véase Éxodo 30:34-38). Sólo Dios puede apreciar plenamente las perfecciones y las glorias de Cristo, pero él desea que vayamos a su presencia y, dirigidos por el Espíritu Santo, le hablemos de Jesús. ¿Podría haber algo de mayor agrado para Dios que la Persona de su Amado? El culto consiste en presentar a Dios la vida perfecta de Jesús, cuyo tipo hallamos en la ofrenda vegetal; en presentar el sacrificio perfecto, cuya figura tenemos en el holocausto, es decir, lo que fue entregado enteramente para Dios, pero también consiste en hablarle de la Persona misma de Aquel que vivió tal vida y sufrió tal muerte. ¡Éste es el culto en su carácter más elevado!

Veamos para que nuestro corazón esté ocupado por Cristo, nutrido por Él mismo de sus hermosuras y de sus glorias, a fin de que nunca dejemos de lado lo que es el aspecto más precioso para el Padre: la alabanza que la Iglesia es llamada a presentarle. Pensemos, ante todo y por encima de todo, en lo que Cristo ha sido para Dios en su vida y en su muerte; meditemos en lo que ha sido y será por la eternidad para Él en su Persona, y que de esa manera se nos conceda el gozo de entrar en el lugar santo y llegar al altar de oro para “quemar el incienso” allí.

¡Recordemos las palabras de nuestro verdadero y divino José: “Haréis, pues, saber a mi padre toda mi gloria”!

P.F. (M. E. 1969)

LA HUMANIDAD DE CRISTO EN LA GLORIA

Considerar la humanidad de Cristo en la gloria es algo maravilloso. Su humanidad es eterna, pues desde que vino a ser hombre permanece así eternamente. Él es el hombre definitivo, el “postrer Adán”, el “segundo hombre”, en contraste con el primero, que era el hombre provisorio. Comenzó en el pesebre, en el establo de Belén; luego recorrió toda su carrera como varón de dolores, hasta llegar a la muerte en la cruz por nosotros. Pero este hombre es el Hijo de Dios; nunca dejó de ser Dios y jamás dejará de serlo. Ya sea que lo consideremos en el pesebre o en otros lugares, siempre veremos que “en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Colosenses 2:9). En la tierra él se llamaba a sí mismo: “El Hijo del Hombre, **que está** en el cielo” (Juan 3:13); era “el unigénito Hijo, **que está** en el seno del Padre” (Juan 1:18), pues, moralmente, no se había marchado del cielo.

Pero si en la cruz sufrió la muerte por nosotros, también salió victorioso de ella por la resurrección. Y, resucitado, permanece siempre en su condición de hombre, refiriéndose a Dios como su Dios y nuestro Dios (Juan 20:17). Luego este Hombre fue alzado a la gloria, coronado de gloria y de honra, según el Salmo 8, y se ha sentado en el trono de su Padre (Apocalipsis 3:21), esperando hasta que sus enemigos sean puestos debajo de sus pies. Luego se sentará en su propio trono para juzgar y reinar. Él reinará hasta que todos sus enemigos, aun la muerte, sean destruidos (1.ª Corintios 15:24-28). Finalmente, cuando no haya más enemigos que so-meter, ya no será necesario que su reino activo subsista; el oficio mediador del Hijo cesará. Entregará el reino a su Padre, y los resultados de ello serán eternos. Recobrará su carácter de Hombre dependiente frente a su Dios, y Dios será todo en todos. Todos los redimidos seremos eternamente hombres con Él, el Hijo.

F.P. (M. E. 1908)

CARTA DE J.N.D.⁽¹⁾

Querido hermano:

No es necesario que yo responda extensamente a sus argumentos y alegatos.

Usted pretende que la imagen del Hijo sea la misma que la del Padre. Pero esta idea: «la imagen del Hijo» es completamente extraña a la Palabra de Dios, la cual nunca menciona tal cosa. “El que me ha visto a mí —dice el Hijo—, ha visto al Padre” (Juan 14:9), pero ¿dónde, pues, está esa Persona en la cual, supuestamente, podría verse al Hijo? La palabra **imagen** designa una cosa material que representa otra, algo presente que hace ver lo que está ausente, es decir, algo invisible.

Además, la Palabra de Dios no dice en ninguna parte que el Hijo sea la imagen del Padre. Cristo, el Hijo de Dios, el Verbo hecho carne, es **la imagen del Dios invisible** (Colosenses 1:15), no la imagen del Padre. Él es Dios manifestado en la tierra, Dios visto en el hombre, en este mundo. Esto es algo absolutamente diferente. Padre es un nombre que indica relación; Dios es el nombre del Ser supremo que habita en luz inaccesible. Cristo, imagen del Dios invisible, lo revela en la tierra.

Además, la falsedad de este principio que usted sostiene puede advertirse claramente si lo consideramos a la luz de la obra de la redención. El Padre envía al Hijo; el Hijo no envía al Padre. El Hijo aprendió la obediencia por medio de las mismas cosas que sufrió; el Padre no sufrió. En la economía de la gracia, el Padre y el Hijo, o más bien, Dios y el Cristo, desempeñan funciones diferentes. El sufrimiento es la parte del Hijo, porque ha venido en carne, habiendo sido “echo un poco menor que los ángeles”. Pero

(1) Esta carta fue escrita en latín. La traducción francesa fue editada en «*Le Messager Évangélique*» del año 1909.

de este mismo hecho surge la inquietud de saber si en la pasión, Cristo cumplió una misión y el Padre otra, o si Dios fue quien asumió esa misión. Fue Dios —Jehová, no el Padre— quien quiso quebrantarlo (Isaías 53:10). Usted no lo niega, pero ¿cómo puede afirmar que en la cruz, cuando Cristo sufre, no es uno con el Padre? Es cierto que el amor de Dios fue manifestado en la cruz y que, en su naturaleza, este amor es el mismo que el del Hijo hecho hombre; pero en los consejos eternos la misión del Hijo es diferente de la del Padre. Nosotros no somos «patripasianos»⁽¹⁾. La teología confunde al Padre y a Dios. Lo que es Dios, es evidente; y Dios es el Padre de Cristo como hombre, pero las Escrituras marcan una distinción entre el Padre, nombre especial que indica una relación, y Dios, el nombre del Ser. Usted confunde estas cosas como lo hace la teología. Cristo, el Hijo, es la imagen del Dios invisible, uno con el Padre; el Padre fue visto en Él. Pero en la obra de la redención, Cristo fue quien sufrió. Fue Dios (no el Padre, como se dijo a menudo) quien lo quebrantó cuando Cristo se entregó por nosotros, y no puede haber cambios en el papel que desempeñó cada uno.

Cristo se hizo hombre, un hombre a quien Dios hizo pecado por nosotros (2.^a Corintios 5:21). Dios, el Dios santo, lo hizo pecado ante sus ojos. No podemos decir —pues no es admisible— que en la cruz uno sea la imagen del otro...

(1) Nombre dado a diversos herejes que enseñaban que sólo hay una persona divina, a saber, el Padre; que el Padre descendió en María; que sufrió y que Él es Jesucristo mismo. (N. del E. en francés)

El patripasianismo es conocido también como sabelianismo, por Sabelio, hereje que fue su exponente de mayor renombre y que creía que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son sino tres modalidades o manifestaciones de una única Persona divina. La historia del cristianismo menciona los nombres de Noeto y Práxeas como los heresiarcas que enseñaron y propagaron las falsas doctrinas señaladas en la nota anterior (N. del T.).

MEDITACIÓN SOBRE EL CANTAR DE LOS CANTARES

(Viene de la página 42)

(Capítulo 4)

“Tus labios como hilo de grana, Y tu boca es agradable.” (v. 3, JND)

Los labios manifiestan lo que llena el corazón, ya que de la abundancia del corazón habla la boca (Mateo 12:34). El espantoso cuadro que Dios nos pinta en el capítulo 3 de la epístola a los Romanos, revela lo que son los hombres delante de Él, en toda su desnudez. Nos dice en particular que sus gargantas son un sepulcro abierto, que con sus lenguas engañan, que hay veneno de áspides debajo de sus labios y que sus bocas están llenas de maldición y de amargura (v. 13-14). Pero, en la amada, toda esta inmundicia no existe más, ha sido quitada; Él no ve sino sus labios como hilo de grana. Rahab, la ramera, había recibido instrucción de poner en su ventana un cordón de grana, en virtud del cual ella fue salva-da con toda su casa (Josué 2:18). Este cordón nos habla de la muerte de Cristo —el verdadero Mesías de Israel— y de su sangre, la que purifica de todo pecado. En los labios de la amada no se ve ningún rastro de suciedad, sino sólo lo que proclama el valor de esa sangre preciosa.

“Tu mejilla, como un trozo de granada detrás de tu velo.” (v. 3, JND)

Nuevamente el Amado habla de las mejillas de aquella cuyo re-trato hace aquí. Las mejillas son la parte esencial del rostro. Sobre las mejillas de Jerusalén corrieron sus lágrimas (Lamentaciones

de Jeremías 1:2). “Hirieron mis mejillas con afrenta” dice Job acerca de los indignos que se juntaron contra él (Job 16:10). Miqueas nos dice que con vara hieren en la mejilla al Juez de Israel (5:1). Estos pocos pasajes bastan para hacernos comprender qué significan las mejillas en las Escrituras. Ahora bien, ¿cómo ve el Amado las mejillas de aquella de quien nos habla? Las ve cual un trozo de granada detrás de su velo. La granada, fruto compuesto de múltiples granos engastados en una pulpa de un rojo brillante, es mencionada varias veces en nuestro Cantar. Es la imagen de los santos congregados alrededor del Señor. Cada uno de los suyos, fruto de su gracia perfecta y de su obra, tiene allí su lugar asignado por Él. En cada uno de los suyos Él ve un elemento de la congregación de Israel, su pueblo terrenal, lo mismo que hoy cada creyente forma parte de la Asamblea, el pueblo cuya ciudadanía está en los cielos. Aquí nuevamente es mencionado el velo que conviene a aquellos que son el objeto de la pura gracia de Dios.

“Tu cuello, como la torre de David, edificada para armería; Mil escudos están colgados en ella, Todos escudos de valientes.” (v. 4)

Hemos visto que el cuello encorvado es símbolo de sumisión y obediencia. Cuando estuvo aquí abajo, el Señor ordenó: “Llevad mi yugo sobre vosotros” (Mateo 11:29). El yugo se coloca sobre el cuello. ¡Ved a los principales tecoítas que no doblegaron sus cuellos al servicio del Señor! (Nehemías 3:5). El pueblo de Israel ha sido de dura cerviz y a menudo Jehová le hace ese reproche; le dice que su cerviz es como barra de hierro (Isaías 48:4). Aquí el cuello de la amada es como la torre de David. Una torre es un sitio donde uno se refugia y donde se está seguro: “Torre fuerte es el nombre de Jehová; a él correrá el justo, allí se halla en un amparo elevado” (o inaccesible) (Proverbios 18:10, versión J.N.D.). El ori-

gen de la fuerza de David, como la de todos los valientes de Dios, ha sido una sencilla obediencia a su Palabra, una santa sumisión a su voluntad. Al hablar del príncipe de este mundo (Satanás), nuestro divino Modelo podía decir: “él nada tiene en mí” (Juan 14:30); su comida era hacer la voluntad de Aquel que le había enviado. En esta torre de David están colgados los grandes escudos de todos los valientes a quienes su obediencia tornó invulnerables.

En estos días en que se habla mucho de debilidad, sepamos en qué reside la fuerza de todos los valientes.

**“Tus dos pechos, como gemelos de gacela,
Que se apacientan entre lirios.” (v. 5)**

Una madre que amamanta a su hijito sin pedirle nunca nada, se siente muy recompensada si el niño, al que cuida como sólo una madre puede hacerlo, prospera y goza de buena salud. Ésta es la expresión del amor más desinteresado; nada en la tierra lo puede superar.

Es necesario poseer la naturaleza de Dios para poder apreciar Su amor y ponerlo en práctica. Pablo nos da un hermoso ejemplo de ello al ejercer su ministerio entre los tesalonicenses. “Aunque podríamos seros carga” —les escribe— “como apóstoles de Cristo, fuimos tiernos entre vosotros, como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos. Tan grande es nuestro afecto por vosotros, que hubiéramos querido entregaros no sólo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas; porque habéis llegado a sernos muy queridos. Porque os acordáis, hermanos, de nuestro trabajo y fatiga; cómo trabajando de noche y de día, para no ser gravosos a ninguno de vosotros, os predicamos el evangelio de Dios” (1 Tesalonicenses 2:6-9). Poco le importaban sus penas y su labor, con tal que sus hijos en la fe fuesen enriquecidos con todas las bendiciones que les traía el Evangelio de Dios.

**“Hasta que apunte el día y huyan las sombras,
Me iré al monte de la mirra,
Y al collado del incienso.” (v. 6)**

Hasta ahora nos hemos hallado en medio de las sombras, pero éstas van a huir. El día viene en todo su esplendor, cuando todas las sombras, por maravillosas que sean (Colosenses 2:17), darán lugar a la gloriosa realidad de las cosas que la fe posee ya. Mientras tanto, el Espíritu Santo rinde testimonio de Aquel que viene y su palabra se hace oír en sus preciosos oráculos. Los corazones arden y la Esposa, por la fe, se eleva por encima de las cosas de aquí abajo al monte donde se adora, a la colina donde se ora. La mirra recuerda a un Mesías que sufrió; el incienso, compuesto según el arte del perfumista, evoca lo que el Hombre perfecto fue para el corazón de Dios y también para cada uno de los suyos. ¡Suave es el perfume del nombre de Jesús! Es un olor de muerte para los que se pierden, pero, para la amada, tiene una fragancia no comparable a ninguna otra.

**“Toda tú eres hermosa, amiga mía,
Y en ti no hay mancha.” (v. 7)**

El Amado vuelve a tomar la palabra para proseguir la descripción interrumpida en el versículo 6. En presencia de semejante declaración, hemos de recordar que son las palabras mismas del Dios de verdad. En su Palabra todo es siempre la expresión de la más absoluta verdad. ¿Somos de aquellos que creen a Dios bajo palabra, sin necesidad de prueba alguna? Él declara que, por una sola ofrenda, Cristo hizo perfectos para siempre a los que son santificados (Hebreos 10:14). En ese mismo sentido comprendemos este magnífico versículo. El Amado no ve sino perfección absoluta en aquella que es el objeto de sus afectos. Ningún defecto puede notarse en ella, ya que es el resultado de Su obra perfecta hecha en

la cruz. Está revestida de la justicia que Él le consiguió en virtud de sus sufrimientos y de su muerte. Toda ella es hermosa, ya que es el reflejo de la misma belleza de Él. Por otra parte, lo que es imperfecto ¿cómo podría compartir la gloria inefable de Aquel que jamás conoció el pecado y ante el cual se prosternará el universo entero? Lo que es imperfecto no puede compartir las moradas del Dios de la santidad. Él la ama y no puede dejar de repetírselo para que el corazón de la amada esté profundamente compenetrado de ello y le retribuya su amor

(Continuará)

EL TIEMPO DEL DESPERTAR

(Viene de la página 72)

A través de los “tiempos peligrosos”

A pesar de la profunda tristeza que agobiaba sus corazones en presencia del desastre producido en el testimonio confiado a los hermanos, aquellos que permanecían fieles a las verdades recibidas en el principio cobraron aliento y su ministerio oral y escrito fue más que nunca bendecido por el Señor para millares de almas. Sus libros y tratados se esparcieron por el mundo entero. Citemos, entre otros, los de *C.H. Mackintosh* (1820-1896) que pusieron al alcance de los creyentes, para su liberación y alimento, las riquezas que Dios reveló en su Palabra, reencontradas en el Despertar. En cuanto a los tratados para la evangelización, como los de *C. Stanley* (1818-1888), distribuidos profusamente, la eternidad manifestará cuántas almas fueron traídas al conocimiento del Señor por ese medio. Los comentarios de *W. Kelly* (1820-1906) sobre todos los libros de la Biblia contribuyeron en gran medida a la edificación de los creyentes; ellos se caracterizan por su gran clari-

dad y su extraordinaria fuerza demostrativa. El *Bible Treasury*, periódico mensual que este hermano editó desde 1856 hasta su muerte, es una mina de sorprendente riqueza¹⁾. A él se debe también la publicación completa y metódica de numerosas obras de J.N. Darby²⁾, las que, por su profundidad y la riqueza de exposición de las Escrituras, superan a las de todos los demás hermanos. No alcanzamos a expresar suficientemente la gratitud a Dios por haber suscitado a tal servidor, sobre cuyo ministerio derramó una incomparable bendición.

Al llegar al final de la era de la gracia, muy cerca del momento en el que la Iglesia será arrebatada para ir al encuentro de su Esposo, tenemos motivos para alabar con todo nuestro corazón al Autor de toda gracia excelente por haber acordado a los suyos los privilegios y las bendiciones recuperadas después de siglos de olvido. Cuanto más consideramos esta historia, tanto más nos convencemos del carácter divino de la misión confiada a los «hermanos» a quienes el Señor llamó para que salieran “a él, fuera del campamento”. A ellos se les encomendó que expusieran, mediante la Biblia, las preciosas verdades concernientes a la Asamblea como cuerpo de Cristo y el sitio de su Jefe como Hombre glorificado a la diestra de Dios, la presencia y la acción del Espíritu Santo en el creyente individualmente y en la Asamblea, la esperanza propia de ésta —a saber, la venida del Señor en gracia para arrebatarse a los suyos, distinta de su aparición en gloria para librar a Israel y a la creación— y otras muchas verdades importantes poco conocidas fuera de ellos. Al mismo tiempo les fue encomendado que expusieran con claridad y potencia las verdades fundamentales del Evangelio: el perdón, la justificación por la fe, la posesión de la vida

1) «*The Bible Treasury*» continuó apareciendo bajo la dirección de W. J. Hocking hasta 1920 (N. del T.).

2) Fue el editor de los «*Collected Writings*», una colección de los principales escritos de J.N.D., ordenados sistemáticamente en 35 volúmenes (N. del T.).

eterna y la aceptación del creyente en el Amado. Aquellos que se han comprometido a continuar la acción de esos hermanos aprovechando sus obras escritas, son llamados a disfrutar de estos privilegios y son responsables de mantener esas verdades (2.^a Timoteo 3:14).

El testimonio de los hermanos continuó, en efecto, por la gracia de Dios, pero las múltiples debilidades que lo mancillan demuestran una vez más que todo lo que es puesto en manos humanas inevitablemente está destinado a declinar, de manera que sólo Cristo sigue siendo el único “testigo fiel y verdadero”.

Ellos no supieron evitar divisiones provocadas generalmente por divergencias de apreciación en casos de disciplina. La falta de longanimidad y de paciencia acarreó estos cismas, algunos de los cuales tuvieron consecuencias demasiado duraderas. Así ocurrió en 1880 (asunto de Ramsgate Street, en Londres) y en 1910 (el de Tunbridge Wells, Inglaterra), cuyas distintas repercusiones se hicieron sentir, sobre todo en América y en Francia.

Otras separaciones fueron motivadas por razones más profundas. El enemigo no disminuyó sus esfuerzos para deslizar doctrinas socavadoras de los fundamentos del cristianismo. Apenas J.N. Darby desapareció de la escena de este mundo, fue preciso combatir “ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 3). En 1884, una primera inquietud de ese carácter conmovió a las asambleas de los Estados Unidos, en las cuales la mayoría siguió a *F.W. Grant*, mientras que en Europa las ideas particulares de este maestro, en cuanto a la vida eterna y al Espíritu Santo, eran rechazadas casi por doquier. Más grave aún debía ser la crisis de 1890, la cual tuvo su origen en doctrinas que un influyente hermano de la asamblea de Greenwich, *F.E. Raven*, exponía desde hacía algunos años y que hermanos como W.J. Lowe denunciaron en 1888. Estas nuevas opiniones se hallaban expuestas en un lenguaje a menudo oscuro y ambiguo, el que permitía a su autor alegar una mala comprensión de ellas sin necesidad de re-

tractarse del fondo de las mismas. Bajo un aspecto algo místico eran, en realidad, sutilmente racionalistas y reivindicaban herejías tan antiguas como el cristianismo. Ellas ponían su mira sobre la Persona del Hijo de Dios —llegando hasta a separar la humanidad de Cristo de su divinidad—, también sobre la vida eterna —presentada como distinta o separada de esta Persona— y sobre la condición de los creyentes, no todos los cuales serían poseedores de esta vida eterna en el mismo grado, sino según su nivel de desarrollo espiritual. Se suscitaron controversias de las que la mayor parte de los hermanos estaba poco dispuesta a participar. W.J. Lowe en Inglaterra, K. Brockhaus en Alemania, H.C. Voorhoeve en Holanda, H. Rossier y A. Ladrière en Suiza, L.J. Favez en Francia, y otros, combatieron estos errores con vigor y claridad¹⁾. Pero se había formado alrededor de Raven un partido compacto del que debieron separarse un cierto número de asambleas de Inglaterra y la mayor parte de las situadas en el continente europeo, excepto algunas en Francia y una mayor proporción en Italia. Más tarde vinieron a incorporarse a las interpretaciones reprochadas a Raven otras enseñanzas todavía más alejadas de la Escritura.

Desgraciadamente es demasiado cierto que el relajamiento, como así también el contacto demasiado estrecho con el “presente siglo malo”, es causa general de debilidad. El andar firme y fiel en la separación para Cristo, llevando su vituperio, que había caracterizado a los «primeros hermanos» es muy difícilmente mantenido. “No asiéndose de la Cabeza”, uno se deja llevar por los “rudimentos del mundo”. Si uno trata de luchar mediante una adhesión más estricta a formas exteriores religiosas y prescripciones forzadas, se vuelve legalista o sectario. El secreto de la bendición, al término como al principio de la historia de la Iglesia, sigue radi-

1) W. Kelly, por ejemplo, realizó una adecuada refutación contra los errores fundamentales de Raven en un libro titulado: «*F.E.R. Heterodox*» (Heterodoxia de F.E.R.) (N. del T.).

cando en aquella separación. Sólo el corazón unido al Señor, “saliedo hacia él”, se hallará cómodo en esa posición.

A pesar de la pobreza y el debilitamiento del pequeño residuo deseoso de guardar la Palabra de Cristo y de no negar su nombre, el Señor permanece fiel a sus promesas. Guiará, hasta su próxima venida, a sus testigos que le aman y le esperan. Él quiere hacerles experimentar Su santa presencia en medio de dos o tres reunidos en su nombre: “Dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre, el cual confiará en el nombre de Jehová” (Sofonías 3:12). “He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona” (Apocalipsis 3:11). Hagamos de nuestra asociación presente y celestial con Él una realidad cada vez mayor, apartándonos así de todo lo que tiende a oscurecer, para nosotros, el designio de Dios en cuanto a Cristo y a la Asamblea y a excluir la autoridad del Señor en la administración práctica de ésta mientras ella deba rendirle testimonio aquí abajo.

ALGUNOS ASPECTOS DE LA CRISTIANDAD DESDE EL DESPERTAR HASTA EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX

Antes de concluir este estudio nos falta echar una ojeada a la historia de la Iglesia profesante en general, en el siglo XIX y hasta nuestros días¹⁾. Los caracteres de Laodicea son más y más visibles en la “casa grande” en la que estamos: satisfacción propia, tibieza en cuanto a Cristo y pretensiones espirituales. El mensaje que el Señor dirige a esta asamblea (Apocalipsis 3:14-20) revela en ella la última fase de la Iglesia aquí abajo; una vez que los santos celestiales sean arrebatados, el Señor no tardará en “vomitarla de su boca”, y la existencia de la Iglesia nominal habrá concluido desde ese momento para dar lugar a la manifestación de la gloria de Cristo y al establecimiento de su reino. Sin embargo, en el

afligente cuadro de la marcha actual hacia la apostasía declarada, se halla también ese «hilo de plata» de la gracia cuyo trazo tratamos de seguir.

La Iglesia romana

PÉRDIDA DE SU AUTORIDAD TEMPORAL

Pese a golpes sensibles, la Iglesia romana mantiene su pretensión de dominar la cristiandad como única Iglesia.

Es notable que todo poder político efectivo le haya sido quitado en el momento en que temerariamente reconocía a su jefe un atributo divino: la infalibilidad. En 1854, el papa Pío IX había proclamado, por propia iniciativa, el dogma de la Inmaculada concepción de la Virgen. En diciembre de 1869 reunió un concilio en el Vaticano y obtuvo de él, el 18 de julio de 1870, la proclamación del dogma de la *infalibilidad pontifical*. Este dogma no significa que el papa sea personalmente infalible, sino que lo es cuando «hablando *ex cátedra* (desde el púlpito)... es decir, ejerciendo la función de pastor y maestro de todos los cristianos... define una doctrina sobre la fe o las costumbres». Desde mucho tiempo antes se admitía que un decreto del papa, ratificado por el episcopado universal, tenía ese carácter de infalibilidad; pero esta proclamación, lograda pese a las protestas de una minoría de prelados —sobre todo franceses y alemanes que veían en ello, no sin razón, el fruto de maquinaciones secretas en las que los Jesuitas tenían la mayor participación, marcaba un nuevo paso hacia la exaltación del hombre en detrimento de la gloria debida a Cristo. Si “todo hombre es mentiroso” (Salmo 116:11), ¿cómo el representante de un grupo de criaturas pecadoras podría ser infalible? Sólo uno lo es: Aquel que dijo: “Yo soy el camino, y la verdad y la vida.” Su Espíritu es la verdad y nos conduce en la verdad mediante la enseñanza de la Palabra: “Tu Palabra es la verdad.”

1) Es decir hasta 1935, aproximadamente (N. del E.).

El Concilio fue interrumpido casi enseguida por la guerra franco-alemana y, pocos meses después, el papa, no poseyendo ya el apoyo del ejército francés que se había visto forzado a abandonar a Roma, fue despojado de su poder temporal cuando Víctor Manuel II, rey de Italia, tomó la ciudad (20 de septiembre de 1870). En señal de protesta, Pío IX se autotituló «prisionero del Vaticano». El papado no recobraría sino una ínfima porción del territorio romano, es decir, la ciudad del Vaticano, cuando se reconcilió con el gobierno italiano en 1929. Pero se sabe que las humillaciones y los juicios parciales que Dios hizo padecer al papado en el curso de su tormentosa historia jamás abatieron sus pretensiones de dominio. Como la Jezabel de Tiatira (Apocalipsis 2:20-21), “no quiere arrepentirse de su fornicación”, y, como la mujer corrompida de Apocalipsis 17, al negar su vocación celestial y su relación con Cristo para “cometer fornicación con los reyes de la tierra” se dispone a subir sobre “la bestia escarlata”, o sea la potencia civil del imperio romano futuro. Entonces ella exclamará triunfante: “Yo estoy sentada como reina, y no soy viuda, y no veré llanto” (Apocalipsis 18:7). Pero Dios la derribará de su elevación: “Por lo cual en un solo día vendrán sus plagas; muerte, llanto y hambre, y será quemada con fuego” (Apocalipsis 18:8).

Por el momento, la Iglesia católica no posee ya una influencia política oficial y ha perdido mucho de su influencia indirecta en los países católicos sobre los cuales tuvo durante largo tiempo toda autoridad, la mayor parte de los cuales se han laicizado en mayor o menor grado. En Francia, el episcopado renunció a luchar para conservar al catolicismo sus privilegios seculares y limitó sus esfuerzos a preservar una enseñanza confesional y la plena libertad de culto. El establecimiento de una enseñanza estatal laica y gratuita en 1882, luego una violenta ola anticlerical que desembocó en 1905 en la separación entre la Iglesia y el Estado y las medidas de rigor contra las congregaciones, caracterizaron las grandes etapas de la desaparición de esta institución oficial que

había sido tan a menudo preponderante. Italia, luego Bélgica, en distinto grado, siguieron a Francia en este camino. En Alemania, las dificultades de la Iglesia católica con Bismarck, cuando surgió el *Kulturkampf*¹⁾ (1871-1875), fueron resonantes.

AFIANZAMIENTO DE SU PODER ESPIRITUAL

Pero la Iglesia supo aprovechar esta ruptura con los vínculos civiles para reforzar la jerarquía bajo la autoridad del papa (de allí en adelante los obispos, en lugar de ser nombrados por el gobierno, lo serían por el papa) y el afianzamiento de su poder espiritual sobre el mundo católico. El anticlericalismo del gobierno francés a principios de siglo provocó una reacción que llevó a los fieles a estrechar filas en torno a los representantes de esta Iglesia que, despojada de los recursos materiales provenientes del Estado, aparentaba ser perseguida. Las clases acomodadas, conservadoras, se volcaron hacia la Iglesia para contener las reivindicaciones de las masas en cuyo seno progresaba la descristianización. Al mismo tiempo, la Iglesia trataba de reconquistarlas interviniendo en cuestiones sociales, abiertamente con León XIII (encíclica *Rerum novarum*, 1891) y a continuación por medio de sindicatos «cristianos». Pero en conjunto ella trabaja para mantener un acuerdo, de hecho casi estable, con el poder público responsable del orden establecido, cualesquiera sean las conmociones políticas.

Nada más significativo que los acuerdos concretados desde

1) En alemán en el original. Significa «lucha por la civilización». Se dio este nombre a la lucha que desde 1872 hasta 1883 sostuvieron el Estado alemán y la Iglesia católica. El Estado había tomado la decisión de intervenir en la enseñanza religiosa y los nombramientos eclesiásticos. El canciller Otto von Bismarck, principal antagonista de la Iglesia católica, atacó mediante leyes al alto clero católico con el objeto de debilitar el poder de esa Iglesia. La «Kulturkampf» terminó mediante concesiones recíprocas después del advenimiento del papa León XIII en 1878. (N. del T.).

1918 con la mayor parte de los Estados europeos, entre otros con Italia (los tratados de Letrán) en 1929 y con Alemania en 1933.

La acción del papado sobre la sociedad se ha visto grandemente favorecida por las congregaciones y las órdenes religiosas, especialmente aquellas que dependen directamente de la Santa Sede, los Jesuitas ante todo, pero también los Dominicos y los Franciscanos. Muchas de estas congregaciones habían sido perseguidas y expulsadas de diversos países. Pero, a pesar de haber sido molestados en Inglaterra, los Jesuitas nunca abandonaron ese país y, a principios de siglo, eran más numerosos allí que en Italia, según un testigo bien informado; se hallaban en todos los ambientes de la sociedad: en el Parlamento, en el clero anglicano, en el cuerpo diplomático, en la prensa, entre los laicos protestantes y en las más altas esferas políticas y sociales. En Francia, las congregaciones católicas, prácticamente expulsadas por la ley de 1901 sobre las asociaciones, reaparecieron después de la guerra de 1914-1918. Los Jesuitas nunca cesaron de desarrollar su acción en todos los medios —pero, sobre todo, entre las clases dirigentes— y los Dominicos de ejercer la suya sobre el mundo intelectual. Predicando, enseñando y, más aun, infiltrándose con mucho tacto en la vida privada, yendo cuando es preciso hasta el límite extremo de las doctrinas romanas, pero sin cesar de proclamar su estricta obediencia al papado, las dos órdenes, aunque rivales, son los mejores instrumentos de éste.

GANANCIA DE ADEPTOS

La Iglesia romana ha perdido terreno en los países otrora esencialmente católicos por el hecho de la descristianización (aunque hay que observar que los matrimonios entre católicos y no católicos —cada vez más numerosos y que ella sabe alentar— le son generalmente provechosos, porque exige a los esposos que una que sus hijos sean bautizados por ella).

En contrapartida, la Iglesia romana realizó considerables progresos en otros lugares. El esfuerzo misionero católico realizado en las regiones no cristianas se había debilitado grandemente a comienzos del siglo XIX. Pero reaccionó estimulado por el esfuerzo misionero del Despertar protestante y llevado por toda la corriente de la expansión colonial europea. Un vivo renuevo de las misiones católicas tuvo lugar, pues, desde la mitad del siglo XIX y más aún en el siglo XX, bajo la dirección de la muy activa Congregación de la propaganda, en el Vaticano. Roma tiene ahora bajo su dependencia directa, tanto en África como en el Extremo Oriente, iglesias indígenas con sus respectivos cleros reclutados en el lugar.

Pero progresó notablemente también en países protestantes: en Alemania, en Suiza, en los Países Bajos y, sobre todo, en Inglaterra y en los Estados Unidos. En los Estados Unidos la proporción de los católicos pasó del 9% en 1840 a 14,4% en 1907 y luego a casi 18% en 1940 como resultado de la inmigración de pobladores católicos (franco-canadienses, irlandeses y, sobre todo, italianos); pero también es el resultado de una sabia propaganda. La influencia ejercida por los católicos se vio más fuertemente acrecentada que su número: hasta principios de este siglo eran considerados como personas inferiores, pero más tarde se les vio ocupar hasta las más altas funciones civiles y militares.

En Inglaterra, la evolución del sentimiento general acerca de Roma no es menos notable. El número de sus adeptos sigue siendo bajo (un poco más del 5%), pese a haber sido engrosado por irlandeses y congregaciones dispersas o exiliadas después de 1905, como asimismo por otros aportes y por las conversiones. Pero la desconfianza y el temor tradicionales dejaron su lugar a una neutralidad comprensiva y luego a una suerte de admiración por el gran poder mundial y mundano.

Muy temprano Roma se preocupó por dar a sus adeptos dispersos entre los anglicanos las bases de una organización. En 1850, un edicto pontifical dividió a Inglaterra en regiones episcopales y

restableció la jerarquía católica en ese país bajo la dependencia del arzobispo de Westminster. Esta medida provocó una viva oposición; una ley declaró nulo y sin efecto el edicto del papa, pero ella cayó en el olvido y fue abrogada en 1871. Escocia, a su vez, fue dividida en diócesis romanas en 1878. La Iglesia católica, por otra parte, no dejó de trabajar, por medio de sus representantes oficiales y de la encubierta acción de los Jesuitas, para reunir a la Iglesia anglicana consigo misma, por refractario que sea el nacionalismo religioso británico a tal unión. En todos esos progresos, la Iglesia católica se vio grandemente ayudada por el movimiento ritualista.

Protestantismo y ritualismo

Se trata de una corriente general que ha ido acentuándose entre las Iglesias protestantes, a la vez como reacción contra el Despertar evangélico y como oposición al empuje del liberalismo. Abarca lo que a veces se llama el sacramentalismo. Da prioridad a la forma y a la estructura, lo más sólida posible, de la Iglesia de que se trate, a la liturgia, a las prácticas exteriores del culto, a los sacramentos, a la cena y al bautismo —este último con un lugar eminente como concedente de la fe—, en resumen, a los “rudimentos del mundo” (Colosenses 2:8) más que a Cristo y al culto en espíritu y en verdad. Se vuelve a un clericalismo que desvía a las almas de la salvación personal y domina las conciencias. J.N. Darby sostuvo, sobre estos temas, rigurosas controversias en nombre de la enseñanza de la Escritura. Hemos visto ya el luteranismo en Prusia, en Baviera, en Sajonia, en Hannover, estrechando vínculos con el Estado (hasta 1914), dándose reglas más y más estrictas y una jerarquía muy oficializada, pues los jefes de la Iglesia evangélica alemana toman ahora el título de obispo.

Estas tendencias se manifestaron en Francia de manera desigual, pero muy pocos de los sistemas religiosos —reagrupados

progresivamente en el seno de la Federación protestante de Francia en 1905 y luego en 1938 (integrada por la Iglesia reformada de Francia, la Alianza nacional de iglesias luteranas y la Federación de iglesias bautistas)— escapan a la jerarquización más organizada, a la liturgia impuesta y a prácticas que se acercan a las católicas (el año litúrgico, por ejemplo).

Pero el movimiento ritualista de Inglaterra fue el que se afirmó más rápidamente en el seno de la Iglesia establecida, provocando una evolución (algunos han dicho revolución) que Roma supo explotar después de haber contribuido a su nacimiento mediante la acción de los Jesuitas.

Desde 1834 hasta 1841 fueron publicados en Oxford noventa «Tratados para el tiempo actual» (*Tracts for the time*); de ahí el nombre de Tractarianismo dado al movimiento que originaron y que también se llamó Puseyismo, cuyo inspirador fue E. Bouverie, llamado *Pusey* (1800-1882). Estos tratados sostenían la sucesión apostólica, la autoridad de los obispos, la liturgia, la confesión, las fiestas, los ayunos, etc. El último impreso aparecido era de tendencia netamente católica. Su autor era un miembro de la Universidad, poseedor de una personalidad de lo más notable: *John Henry Newman*. La Iglesia anglicana se conmovió, sobre todo su parte evangélica, y condenó el tratado; y aunque Newman se retractó momentáneamente, terminó por ser excluido de Oxford. Pusey permaneció en el anglicanismo, pero para formar en éste un grupo muy activo que recogió numerosas simpatías en la Iglesia establecida. Newman se convirtió al catolicismo (1845) al igual que un cierto número del clero, entre otros Manning (1851). Newman llegó a ser cardenal en 1879 y permaneció allí como filósofo y teólogo; fue uno de los grandes nombres del catolicismo del siglo XIX. Manning, también promovido a cardenal, fue uno de los más celosos defensores del dogma de la infalibilidad y el campeón de la conversión de Inglaterra al catolicismo. Ninguno trabajó más que él para hacer desaparecer la antipatía tradicional hacia Roma y or-

ganizar una propaganda que no cesó de proseguir, por medio de sociedades de toda clase, llamamientos por las calles de Londres y en otras ciudades, una activa participación en los movimientos de temperancia y de reforma social.

Imperceptiblemente la doctrina católica se extiende entre el pueblo inglés. ¿No se afirmaba recientemente, según fuente fidedigna, que existen entre el clero anglicano sacerdotes católicos romanos consagrados que poseen una dispensa que les permite integrarse a aquél? Uno de ellos escribía: «La obra que se persigue ahora en Inglaterra es un esfuerzo tenaz y cuidadosamente organizado por parte de un número cada vez más creciente de sacerdotes y laicos que tienen como meta llevar a la Iglesia nacional, y al país en general, a la plena realización de la fe católica y de sus reglas para abogar eventualmente en favor de su unión con la Iglesia de Roma.»

No es que el partido evangélico haya dejado de reaccionar. En muchas ocasiones sus dificultades con los Puseyistas (más exactamente los de la Unión de la Iglesia anglicana, de tendencias romanizantes, fundada en 1859, con la Asociación de la Iglesia, fundada en 1865) fueron llevadas ante la Corte suprema real (el soberano es el jefe oficial de la religión); pero las decisiones de la Corte, tomadas unas veces en un sentido, otras veces en otro, no hicieron más que acrecentar la confusión y «ahondar cada vez más un inmenso foso entre lo que los ministros de la Iglesia de Inglaterra deben recitar y lo que creen». La regeneración por el bautismo de agua es declarada la «única y verdadera doctrina» de esta Iglesia, y la transubstanciación es, de hecho, justificada. El esfuerzo persistente para romanizar oficialmente los formularios litúrgicos y el Prayer book (Libro de oraciones) estuvo cerca de concretarse más de una vez. La celebración de la misa, el establecimiento del confesionario y, finalmente, todas las prácticas romanas están a la orden del día, deseadas no solamente en la High Church sino también en los ambientes otrora evangélicos. La in-

dignación que estos hechos provocaban en otro tiempo, cedieron su lugar al asentimiento; se habla de un «anglo-catolicismo». Muchos incitan a un acercamiento completo si no a una unión con Roma. Las tentativas esbozadas en el siglo XIX resultaron un fracaso. Fueron reanudadas después de la guerra por iniciativa de lord Halifax (Conferencias de Malinas, 1925), sin lograr su propósito: la piedra de tropiezo es siempre la autoridad del papa.

Por cierto, todos estos hechos tendrían que haber convencido a los verdaderos creyentes de la Iglesia anglicana que su lugar no está más en un sistema que lleva en su seno los gérmenes de su disolución. Pero, lo que es más sorprendente todavía, es que el movimiento ritualista y su colusión con Roma se extendió a las Iglesias no conformistas. Desde alrededor de 1930, un pastor independiente muy conocido que practicaba el ceremonial rigurosamente romano y la confesión auricular en el seno de una Iglesia congregacionalista, se vanagloriaba de tener entre trescientos y cuatrocientos pastores disidentes en su lista de asociados.

En realidad, por diferentes que parezcan estos diversos sistemas religiosos, no son sino uno en su carácter esencial, que es *la exaltación del hombre*. Ciertamente incluyen a muchos auténticos creyentes y almas piadosas, pero los principios a los que obedecen sus conductores hacen de éstos enemigos del puro Evangelio y de la salvación por la sola gracia de Dios. Uno se encuentra frente a un sistema tan legal como el de Sinaí. Los términos del cristianismo son conservados pero desviados de su sentido. La obra de Cristo como fundamento de una verdadera expiación que satisfaga plenamente las exigencias de la santidad divina y coloque al creyente como justificado y acepto ante Dios, es desconocida. La idea de sacrificio se asocia a la eucaristía más bien que a la cruz del Calvario, y la obra de la salvación, según esta enseñanza, necesita ser repetida y, por consecuencia, no tiene más valor que los sacrificios ofrecidos según la ley de Moisés (Hebreos 10).

La cruz aparece más como el medio de los sufrimientos de Cris-

to que como el lugar donde se cumplió, a través de esos sufrimientos, la obra perfecta de la redención. La salvación mediante obras meritorias, oraciones, ayunos, penitencias, observación de ritos, es la regla. Se rechaza la gracia divina. La Iglesia reemplaza a Cristo; la tradición suplanta a la Biblia; la regeneración mediante el bautismo con agua y los sacramentos reemplazan a la fe personal en el Salvador. El ritualismo no es sino la vieja herejía judaizante que amenazaba arruinar a las asambleas de Galacia y de otras comarcas, la que, después de la partida de los apóstoles, hundió a la cristiandad en las tinieblas. Esencialmente romano, el ritualismo prepara el reinado de Jezabel (Apocalipsis 2) sobre los sistemas que se habían separado de ella. Cuando la reunión de la cristiandad tenga lugar bajo el estandarte de Roma —como bien sabemos que sucederá—, la situación final de la ramera, llamada Babilonia la grande, la madre “de todas las abominaciones”, será manifestada en su apogeo. Entonces el juicio de Dios la alcanzará por medio de las mismas potencias políticas sobre las que ella habrá puesto la mano por un instante (Apocalipsis 17:12 y 18).

(Continuará)

PENSAMIENTOS

El capítulo 3 del evangelio de Juan nos habla del **Hijo del Hombre en el cielo** (v. 13) y del **Hijo de Dios en el mundo** (v. 17). Dios vino al mundo en la persona de su Hijo y, en Él, el hombre es introducido en el cielo.

(M.K.)

Dios se reveló a los patriarcas como el Todopoderoso; a los judíos como Jehová, y en el milenio se revelará como el Altísimo; pero ahora los que son coherederos con Cristo conocen a Dios como su Padre.

(M. E. 1909)

*Único en tu humanidad, en gloria sin igual,
Jefe de la Iglesia, Señor, divino y eternal;
antes de toda creación, del universo Autor,
de la palabra el Sostén, damos a Ti loor.*

*Mente humana no podrá tu esencia conocer;
pero a Ti en majestad, por fe podemos ver,
en tu gloriosa humanidad gozamos ¡oh Señor!,
pues de tu cuerpo somos ya electos de tu amor.*

*El manantial de bendición, riquezas y poder,
sobre la Iglesia todo bien Tú haces descender;
de los santos la perfección obras en su unidad;
de tu amor su plenitud les das con la verdad.*

*El Verbo eres Tú, Jesús, de vida y de verdad,
en Ti también tenemos luz, gracia y felicidad:
Digno eres ¡oh Dios Salvador! de nuestra adoración
y digno de una vida fiel, de celo y devoción.*

*Manifestado fue en Ti el Padre; y la Deidad
en plenitud se halló aquí con gracia celestial:
Jesús, del cielo sobre nos derramas tu bondad
con ricos dones y con voz de amor y gran piedad.*

*Igual a cuando aquí, Jesús, aún eres en amor;
tu Palabra, tu corazón, no cambiarán, Señor;
¡oh Cristo amado!, hacia Ti nuestra alma mirará;
tu Iglesia en paz, reunida aquí, tu gracia gozará.*